

da en sus títulos más incontestables de Padre, de Señor, de Rey, y está apoyada en sus atributos divinos, en su sabiduría y en su bondad.

Permitásenos ahora examinar una asercion comun á todos los racionalistas, base de sus sistemas, motivo de sus cantos de victoria.

Segun ellos, profesar una religion revelada y sobrenatural no es otra cosa más que desconocer igualmente á Dios y la naturaleza humana.

Es desconocer la naturaleza humana, porque ella se basta á sí misma; y es desconocer á Dios, porque en su sabiduría ha debido proveer á todo por el don de la razon.

¿Cómo, pues! ¿Es esto discurrir? ¿No es más bien prejuzgar la cuestion? ¿Es esto conducirse como filósofo? ¿No es más bien cegarse á sí mismo? La causa de lo sobrenatural no tiene nada que temer si estas son las armas más fuertes para combatirla. No; ni la perfeccion de la naturaleza ni la sabiduría de su autor se oponen á que á sus facultades esenciales y necesarias se añadan dones útiles y provechosos; ni impiden unir á la luz de la razon, la luz aún más resplandeciente del testimonio divino. Pensar de otra manera, es forjar imposibilidades y no demostrarlas: es una audacia que llega á lo increíble.

¿Por qué, pues, no seria así? Por una parte confesamos todos, que Dios es omnipotente, y lo reverenciamos como tal; y por otra, nos atrevemos á decir, que él no podria aumentar en un ápice la religion natural. ¿En dónde vemos esta imposibilidad? ¿Aparece clara y sin nubes á la vista de nuestro entendimiento? ¿Tenemos evidencia de ella? Léjos de eso: cuanto más nos detenemos á discutirla, ménos la percibimos; y cuanto más trabajamos para estudiarla y penetrarla, ménos evidente se hace. Aún más; no solamente nos aparece ménos evidente, y lo es ménos en efecto, sino que se desvanece y se disipa enteramente.

¿De dónde viene, pues, esta asercion tan decisiva: Dios no lo puede? Yo no puedo atribuirlo sino á la irreflexion, esa grave dolencia del género humano; no puedo atribuirlo sino á las ideas superficiales y confusas, causa tan fecunda de errores, y al orgullo del espíritu, enemigo de toda sumision y primer origen de todos los males de la naturaleza humana.

MAL MORAL

(PRESENCIA DEL)

EN EL SENO DEL LINAJE HUMANO.

Initium omnis peccati est superbia.
El primer origen de todo pecado es la soberbia.

(ECCLES. X, 15.)

El mal existe; él cubre la tierra. Cánticos de alegría y gritos de dolor atestiguan su presencia, porque él ofrece á los unos el triunfo de los placeres, á los otros amargas aflicciones. Este mal, que produce el crimen y la falsa dicha, es un terrible problema para la razon humana. Él fatigó constantemente á la filosofia antigua, y la impelió hasta las sombrías y desesperantes concepciones del fatalismo.

Por otra parte, una filosofia grave debe pensar en este problema. Almas creyentes y fieles se ocupan de él con frecuencia; pero tambien se vé muy á menudo á espíritus, que no han sido penetrados completamente por la viva y poderosa luz de la fe, agitarse al borde de un abismo abierto por un pensamiento febril é inquieto.

Así, señores, se presentan á veces ante nosotros, con condiciones y bajo impresiones diversas, entre otras, estas graves cuestiones: ¿por qué el mal moral, por qué el pecado inunda la tierra? ¿Quién lo crea, quién lo deja crecer y prosperar? Dios ha previsto el acto que debia ofenderlo; él lo ha previsto, él podia evitarlo, impedirlo, y no lo ha hecho; él lo ha previsto; cierto, cierto, no podia ménos de ser cometido por el hombre. ¿Cómo seria entónces el acto libre y voluntario, el pecado, imputable al hombre? ¿El hombre es libre! se dice. Pero cuando ménos, Dios habia previsto que el miserable pecador abusaria de su libertad, que abusaria para convertirse por siempre en réprobo; Dios lo habia previsto, y sin embargo le ha dado esa funesta libertad! ¿Cómo pues! ¿armará un padre el brazo de su hijo para un suicidio seguro? No, ciertamente. ¿Qué es pues lo que ha hecho Dios respecto del hombre? ¿Dios habia previsto el pecado, y Dios lo deja reinar y dominar en el corazon del hombre! ¿Dios, pues, ha previsto

y decretado anticipadamente la reprobacion de su criatura? ¿Es este un acto digno de un Dios justo, bueno y misericordioso?

Señores, aquí hay preocupaciones injustas y falsas, vosotros lo concebís; aquí hay cosas misteriosas, y cosas muy claras. Sin pretender sondar todos los abismos, encontramos en la sana razón, en la fe verdadera, principios que vengan á la Providencia eternamente de toda imputacion de injusticia y de crueldad, y que al mismo tiempo emancipan para siempre al hombre del yugo de una ciega fatalidad y una desesperacion necesaria.

Expondré sencilla y claramente estos principios despues de pedir los auxilios de la gracia: A. M.

1. Señores, la presencia del mal moral, del pecado en el mundo y en el hombre, se nos presenta con condiciones que, tranquilamente consideradas, reciben por parte del razonamiento cristiano y el sentido verdadero de los dogmas católicos, explicaciones plenamente satisfactorias.

Así, la presciencia divina, cualquiera que sea, no hace á Dios responsable del pecado del hombre, primer principio; lo que se llama la permission del pecado no hace á Dios autor de él, segundo principio; un orden general de la Providencia explica suficientemente la presencia del mal moral, del pecado en la tierra, tercer principio; en fin, la libertad humana es sola capaz de producir el mal, cuarto principio.

Procuraré, señores, discutir brevemente estas cuatro proposiciones. Me parece que ellas encierran instrucciones y esclarecimientos necesarios para un gran número, y capaces de disipar las nubes que se levantan á menudo en imaginaciones inquietas, relativamente á las verdades de la fe en esta grave materia.

No, señores; la presciencia divina, por infalible, por cierta y eterna que sea, no hace á Dios responsable del pecado del hombre. Hoy, tal vez ahora, se está cometiendo un crimen. Aunque Dios sin duda alguna lo hubiere previsto *ab eterno*, ¿qué se sigue de eso directamente? Que Dios posee una ciencia infinita, que nada se oculta á su eterna mirada. Esto es todo, ni más ni ménos.

Con efecto, ¿qué es la presciencia divina? Porque es preciso concebir nociones exactas; porque es necesario formar ideas justas de ella para conservarlas en medio de las dificultades que se levantan y crecen como las nubes; y en verdad, señores, que me admiro de haber encontrado con frecuencia, de haber visto sin cesar en mi carrera inteligencias que abrigaban siempre en esta materia dudas penosas, y

que se hallaban así cercadas de preocupaciones molestas; es preciso, repito, apreciar las cosas con toda la sencillez de las ideas y del lenguaje.

Pues bien; ver no es obrar. Seguramente no hacemos lo que vemos hacer á otro. Saber no es tampoco forzar y violentar. Cuando Dios prevé, no hace más que usar de una ciencia que le es propia, la de ver todo y saber todo. De ahí no se sigue ninguna necesidad antecedente y fatal. Dios vé todo, Dios hace todo, Dios conoce todo, Dios prevé todo desde el seno de su inconmensurable eternidad; todo lo que es susceptible de ser objeto de un conocimiento, Dios lo conoce; pero de hecho, un conocimiento, aún divino, no imprime por sí á las cosas conocidas ó previstas el sello de una necesidad fatal. Porque, observadlo bien; en efecto, señores, una verdad afirmada (y la presciencia de Dios no es otra cosa que una afirmacion de verdades futuras), es necesariamente, en tanto que es verdad, anterior á su afirmacion; de otro modo, ¿qué es lo que se afirmaria? Lo que no es; se afirmaria nada, se afirmaria la nada. Lo que se ve es ántes de ser visto; por la misma razon, lo que Dios prevé existe para él ántes de ser previsto.

Tened cuidado aquí, no hay, para la ciencia infinita y eterna, no hay, para el ser infinito y divino esa diferencia del tiempo que nos limita, que nos mide á nosotros. Presente, pasado, porvenir es algo para nosotros, por lo ménos es un lenguaje necesario; para Dios no significa nada. En la eternidad que Dios habita con su ciencia y vista divinas, no hay esta variedad de tiempos. La denominacion de las cosas futuras es solo buena relativamente á nosotros, pero es absolutamente falsa para Dios.

Así, segun la antigua respuesta de los Padres, tan trivial ya en las escuelas, pero que por eso no ha dejado de ser cierta, las cosas que nosotros llamamos porvenir, que son libres, que dependen únicamente de la libre determinacion del hombre, cuando ellas se realizan, no se realizan aquí abajo porque Dios las ha previsto. Por el contrario, Dios no las ha previsto sinó porque ellas debian realizarse de esa suerte librementé; él no las miraba como tales, sinó porque su inteligencia divina está presente en todos los tiempos, en todos los lugares, como lo está en todos los actos libres de los hombres. Así, tal acto previsto existia para Dios, en un orden lógico y verdadero, ántes de haber sido conocido por Dios mismo. No puede, pues, resultar de este orden esa necesidad fatal, anterior, que se objeta tan fuera de propósito y con tanta frecuencia.

Pero se dice: la presciencia de Dios es infalible: lo que Dios ha

previsto no puede ménos de suceder, y no se puede obrar de otro modo que como Dios ha previsto.

La presciencia de Dios es infalible. Sí, en virtud de estas dos cosas: primera, á causa de la infalibilidad misma de la luz y de la certeza divinas; segunda, á causa de la verdad cierta en sí de la proposicion ó de la verdad prevista.

Hé aquí una verdad que era cierta de toda eternidad: Judas venderá á su Señor. Esta verdad, conocida de Dios durante muchos siglos de anticipacion, era cierta á los ojos de Dios, no en su condicion aislada de existencia solamente, sinó tambien en su naturaleza esencialmente libre. La vista de Dios, su ciencia, su conocimiento no atacaba, no alteraba, no venia á herir la libertad del apóstol péfido é infiel. La realizacion de la traicion de Judas solo era cierta porque él mismo debia ejecutarla libremente, pudiendo obrar de distinta manera. Esta realizacion y este conocimiento no eran ciertos para Dios con su poder, con su prevision infinita, para su ojo eterno, sinó porque el ojo de Dios, la inteligencia divina, se aplica, se extiende necesariamente á todo, á toda verdad apreciable, y porque un crimen, fatal para todos, es una verdad profundamente apreciable, real y cierta para una ciencia infinita y eterna.

Así, esta verdad (y lo mismo debe decirse de todos los crímenes y pecados de la tierra): Judas venderá á su Señor, en la inmensa distancia de los tiempos, era una verdad cierta, objeto de una proposicion cierta, que podia ser enunciada como tal por una ciencia, una vista que la poseía en la inmensidad de los siglos, en la esfera misma de la eternidad.

Esto es todo, y fuera de aquí se ratiocina tan mal como lo hizo Calvino, como lo hizo la reforma, que se atrevió á acusar á Dios mismo de autor de la traicion de Judas y de la negacion de San Pedro. A la memoria os viene que el concilio de Trento se vió obligado á combatir ese error explicando, exponiendo el principio de la libertad del hombre.

Andad con tiento, señores; nosotros somos pequeños, reducidos, miserables, injustos; somos mezquinos y pretendemos juzgar los atributos de Dios y su prevision infinita. ¡Pobres pigmeos!... Era menester necesariamente que redujésemos á nuestra medida la ciencia, el conocimiento, la sabiduría de Dios. Vos no ireis más arriba ni más léjos, le decimos... ¡De veras! Vosotros concebís que esa no es una regla para el Señor; y porque nosotros, inteligencias pobres y finitas, no concebimos bien esa inteligencia divina, eterna é infinita, que se extiende y aplica á todo, que atraviesa todos los espacios, que apro-

xima todas las distancias, colma todos los vacíos, llama á su presencia á todas las edades, á todos los siglos, á todos los acontecimientos libres de la tierra; porque nosotros no concebimos, digo, esas cosas, porque quizá no concebimos tampoco bien la libertad del hombre, siempre plena, siempre intacta, siempre viva bajo el ojo eterno de Dios, que es enteramente inteligente, y que ha conocido todo ántes de los siglos, luchamos con nuestras dudas y nuestras perplejidades; nosotros destruimos la libertad humana, ó bien negamos la ciencia de Dios, ó lo hacemos actor, autor, causa del mal del hombre.

Nada de eso es cierto, señores; solo una cosa es absolutamente cierta; Dios conoce todo, prevé todo, todos los actos futuros, todos los acontecimientos libres del hombre. El hombre es libre; el mal que él comete, puede no cometerlo. Estas dos cosas no son verdaderamente irreconciliables. Y ¿por qué la una se opondría á la otra? ¿Dónde se vé la imposibilidad de la alianza? No, señores; la presciencia divina no hace á Dios responsable de los pecados del hombre; ella deja expedita la accion del hombre; ella lo deja á su libertad, con su naturaleza verdadera y real. Por más, que se repita que la presciencia divina es infalible, no dejará de ser cierto, señores, que ella deja, que ella debe dejar las cosas tales como son.

¿Quereis ahora, señores, que por medio de una comparacion sacada de las cosas humanas, en tanto que podemos acercarlas á las divinas, quereis comprender y concebir mejor lo que es la presciencia divina, infinita y eterna?... Pues bien; dignaos escucharme.

Nosotros poseemos, hasta cierto punto, una ciencia conjetural. Ayudados por la reflexion y la experiencia, podemos prever, combinar, á veces con fundados motivos, acontecimientos futuros, que deben sin embargo realizarse por el libre ejercicio de la voluntad humana. Cuanta más capacidad tenga una inteligencia, cuanto más cultivada se halle, más seguridad hallará en sus conjeturas y previsiones.

Suponed ahora, para una inteligencia muy vasta como se encuentran algunas; suponed una suma siempre creciente de grados de probabilidad relativamente á un acontecimiento futuro y libre, que permitan á esta inteligencia el lograr un conocimiento poco ménos que seguro de ese acontecimiento futuro; suponed tambien que el suceso conjeturado, previsto, previsto con certeza, si se quiere, se realiza. Y bien; decidme: cuando se realiza, ¿ha dejado por casualidad de ser libre, porque haya sido previsto? De ningun modo. Entre estas dos cosas no hay la más pequeña oposicion; no hay más que un hecho consumado en presencia de la fuerza, de la extension, del esfuerzo

de un gran cálculo intelectual y de una ciencia que nos ha anticipado el porvenir.

Señores, la ciencia de Dios, su prevision, porque sea indudablemente una certeza absoluta é infinita, no deja de conservar el carácter propio de la inteligencia. La inteligencia supone siempre un objeto anterior; ella no lo crea para conocerlo; ella lo ve, pero no lo impone; ella no lo necesita, ella no lo desnaturaliza, ella lo acepta únicamente tal como es, dejándolo enteramente libre.

Hé aquí cómo se puede simplemente, sin oscuridad, sin torturas concebir la presciencia divina. Nada se oculta, es verdad, á la accion de ese foco de luz y de amor; pero en el seno de su inmensa esfera de inteligencia divina, el alma del hombre se mueve siempre, señora de sí misma, dispensadora absoluta de las facultades que Dios le dió para seguir libremente su camino, para dirigirse, si quiere, sin naufragar al puerto de salvacion.

La presciencia divina no hace pues á Dios responsable del pecado del hombre: esta era mi primera proposicion.

Yo creo, señores, que la he expuesto y desarrollado suficientemente para vosotros, para inteligencias ilustradas y corazones rectos. Yo añado que lo que ha sido llamado, tal vez erradamente, la permission divina del pecado, no hace á Dios autor de él.

Dios ha previsto, se dice, el mal perseverante del pecador impenitente; él podia prevenirlo, evitarlo, impedirlo; no lo ha hecho, luego él es, por decirlo así, la causa del pecado. Dios ha previsto ese réprobo que debia de nacer; él ha previsto su suerte, si le concedia la existencia; él se la ha dado, y lo ha dejado consumir su prevista reprobacion.

Hé aquí, señores, á mi parecer expuesta la dificultad con toda su fuerza.

Nosotros vamos á buscar los mismos motivos divinos de lo que se llama la permission del pecado, ó por mejor decir, de la libertad dejada al hombre en la tierra. Vamos á recordar breve, pero enérgicamente, la verdadera naturaleza de la libertad humana.

Y en primer lugar, para responder á una objecion que se os ha presentado quizá á vosotros mismos, me basta preguntar: ¿con qué título se impondria á Dios la obligacion de impedir el mal moral, el pecado del hombre? Querer imponer á Dios esta obligacion, procurar crearla, es evidentemente alejarse de la verdad y de toda nocion lógica y precisa en esta materia.

Qué; porque Dios prevé el mal, porque se realiza bajo la inspeccion de su mirada, porque se verifica la reprobacion por parte del

hombre, ¿Dios habria de ser el autor del crimen y del pecado? Si el hombre no fuera libre, yo lo concebiria; si el hombre no poseyera los medios de hacer mal, ó bien segun su eleccion, yo concebiria esa injuria insolentemente inferida al Sér divino, tal como lo presenta el dogma católico: pero cuando Dios ve, cuando Dios deja obrar libremente al hombre, y realizarse por medio del pecado libre la reprobacion que el hombre acepta en su conciencia, yo no concibo que se pueda pretender que sea Dios el autor del mal.

Señores, léjos de eso, Dios aborrece el mal, Dios lo persigue; él amenaza al hombre que lo comete con las penas más severas; él no amenaza acaso al hombre con castigos eternos más que para evitarlos; él prodiga verdaderamente á la libertad humana todos los medios de no caer en el mal. No, no. Dios no puede ser autor del mal cometido por los hombres; y cuando se confunden en esta materia todas las nociones, cuando se derriban todas las tradiciones, no puede ménos de hacerse uno violencia á sí mismo. Se siente muy bien dentro de sí mismo que uno es libre; porque al cabo, el remordimiento no es otra cosa que esa voz, ese testimonio interior de la conciencia, que nos dice que nosotros hubiéramos podido evitar el mal que hemos causado.

Además, ¿quereis, señores, comprender por medio de una razon íntima y profunda, que el mal moral, el pecado, es necesariamente ajeno á la accion de Dios, y es obra exclusiva de la libertad humana? Y bien; concebid esto:

El mal no es un sér, no es un efecto, un producto de la creacion de Dios; y esta es ya la razon por la que sólo el hombre puede cometerlo. ¿Qué es, señores, el mal, el triste mal del pecado? Es una flaqueza de la criatura finita y libre; es una negacion del bien, del bien que Dios no puede negar; es una infraccion de las leyes, de la voluntad de Dios, que Dios no puede infringir. Solo el hombre posee este poder que es una voluntaria y culpable impotencia; solo el hombre posee este poder de arrancar la virtud de su corazon, el bien de sus acciones, el bien que es la imágen y semejanza divina. El hombre posee este poder que Dios no tiene, porque Dios no puede por su accion producir la nada ó algo que se parezca á la nada, como el mal que participa de las cualidades del *no ser*.

El mal es cierta cosa negativa, y en el mundo negativo del pecado Dios está siempre ausente, Dios no es jamás autor ni actor. Solo el hombre es capaz de esta debilidad. El Sér divino es el esplendor del dia más hermoso; el pecado es la noche más tenebrosa. Entre la luz y las tinieblas no cabe alianza alguna; y cuando Dios rechaza tan

enérgicamente, con todas las condiciones esenciales de su sér, con la ley religiosa tantas veces promulgada por él, toda participacion en el mal, en los pecados, en los crímenes cometidos por los hombres, es imposible, señores, atribuírsela sin impiedad, sin blasfemia.

De esta suerte, la permission divina del pecado no viene de Dios seguramente, y la voz es aquí impropia, señores. Dios no permite el pecado; lo que hace es, dejarlo libre en las manos y el corazon del hombre.

Pues bien; ¿acaso se blasfemaré ahora de esa libertad que tanto se ensalza otras veces? ¿Dejaré ya de ser un don precioso de la divinidad? ¿La apreciará tan poco el hombre que la convierta en injuria y blasfemia contra su divino Autor?

2. Pero una cuestion importuna pasa quizá por vuestra mente; muchas veces se me ha dirigido esta pregunta en comunicaciones de confianza: ¿por qué el mal, por qué el pecado, por qué esa especie de fatalidad que deben sufrir ciertas almas, á lo que parece?

Señores, voy también á responder á esta pregunta.

Sin necesidad de considerar atentamente el órden general de la Providencia, la economía y la distribucion de los dones de Dios, naturales ó sobrenaturales, es preciso convenir necesariamente, en que la existencia del mal moral, del pecado cometido en el corazon del hombre, no podria de ningun modo, segun lo hemos demostrado, ser atribuido á Dios. Porque en fin, ¿qué se querría? ¿Se querría, pues, aparentemente un órden de cosas, un estado providencial, un mundo, unos hombres, en quienes el pecado, la reprobacion y la terrible condenacion fuesen imposibles? Pero en este caso, señores, permitidme que lo diga, se raciona en una hipótesis absolutamente quimérica: en definitiva, el mundo existe; este es un hecho. Existe un órden presente y actual; y pretender que Dios debe excluir de él el mal y el pecado, es pedir otro mundo, es querer otra tierra y otros cielos; es querer otra humanidad, otro género de redencion y de salvacion. De consecuencia en consecuencia seria preciso decir y concluir necesariamente, que Dios no ha podido crear el mundo en el estado actual y presente, en este estado, admirable disposicion, economía divina de la Providencia. Es decir, que Dios no hubiera podido producir para el hombre y el mundo un estado de cosas en que el pecado fuese libre en que la condenacion, á causa de la perseverancia libre en el pecado, fuese siquiera posible. Pero entónces es necesario excluir también hasta el poder divino; porque un solo mundo es imposible para Dios; un solo órden y una sola economía relativamente al corazon del hombre; un mundo, un órden en que el pecado, en que la condena-

cion fueran fatales; en que el crimen, en que el pecado, en que su castigo fuese para el hombre una necesidad inevitable; y esto repugna igualmente. Esta es una contradiccion formal y positiva en los términos; á eso va á parar el error lógicamente, porque, por último, lo que resultaria de semejante órden, seria el yugo real del fatalismo.

¡Dios, contra toda libertad humana, imponiendo á cada uno sus actos, y en cada uno todos los actos de los hombres!... ¡Pero eso es el fatalismo! Bajo el imperio de esa ciega necesidad, que no se me hable de pecado ni de crimen, ni de virtud ni de heroísmo; con tal órden, no hay más castigo para el mal, más recompensa para el bien, que el que hay para la piedra que cae, para el agua que corre.

Señores, hay un órden de la Providencia que existe, y del cual es imposible demostrar la injusticia; y á aquellos que preguntan por qué deja Dios que el crimen se cometa libremente en la tierra, San Pablo y los profetas han respondido con harta severidad: «El vaso de arcilla no debe murmurar contra el alfarero que lo ha formado á su gusto.»

Pero si no es lícito dirigir una mirada indiscreta al fondo de las disposiciones divinas, es lícito á la fe sumisa y respetuosa el meditar en los misterios más augustos. Y bien; cuando yo considero profundamente la presencia del mal moral aquí abajo, la existencia del pecado y del crimen en el mundo, me pasma la grandeza de los designios de Dios, y la magnificencia de sus miras. La santidad divina me aparece resplandeciente de luz y de gloria, cuando en medio de los desórdenes y de los crímenes de la tierra, veo á Dios, á causa de su aborrecimiento infinito del mal, expresar y manifestar su amor infinito á la virtud. La justicia divina me penetra de respeto, de admiracion y terror religioso, cuando veo la mano de Dios, que del mal, de los excesos del mal, saca los mayores bienes, una admirable y solemne reparacion, el brillo de una gloria más grande y más pura. La misericordia divina se ofrece á mis miradas y mi corazon bajo las más seductoras formas, y me trasporta y agita cuando veo á Dios prodigar todos los tesoros de la gracia á los que se mostraron criminalmente indignos de ellos; cuando yo veo las infinitas bondades del Padre, que está en los cielos, derramadas sobre el sér que se revuelca en el fango y el paroxismo de los furioses impíos. Juntamente se presenta á mis ojos la grandeza, el poder, la majestad, la santidad de Dios, cuando en medio de los penosos combates del justo, veo á éste prodigando con la práctica de la virtud las más elevadas muestras de adhesion y de heroísmo.

Pues bien; oidlo, y no temais comprenderlo: sí; la presencia del mal, la existencia, la permission del pecado en este suelo, es precisamente lo que debe llenaros de consuelo, de amor, de esperanza, y suscitar en vuestra mente los más augustos pensamientos.

Sí, señores, es cierto, ¡el mundo delira! En la frente de este espacioso teatro que se llama la tierra, veo escritas con caracteres indelebles las amenazas y las venganzas divinas. Yo me estremezco todavía al oír en mis oídos la voz de los profetas de la antigua y de la nueva Ley, cuando hacen resonar sobre la cabeza de los pecadores el trueno vengador de la palabra divina, y digo: ¡Dios persigue el mal; él se vengará; él restablecerá su gloria ultrajada!...

Peró ¡oh santidad de Dios, cómo me tranquilizas! ¡Cuán grande y generosa me pareces en medio de tantos desórdenes, de tantos males, de los cuales haces tú salir tantos bienes! ¡Oh justicia divina, con qué magnífico esplendor brillas en el Calvario, en la cruz!... Esas torturas, esas ignominias, ese suplicio, esa muerte, me dicen más en honor de Dios, para celebrar su gloria, para satisfacer su nombre ultrajado, que el diluvio que cubrió la tierra, que la destruccion de la naturaleza entera, que el exterminio de tantos pecadores; porque en ese sacrificio del hombre-Dios, que encierra en sí mismo una grandeza y una dignidad divina é infinita, Dios se tributa á sí mismo y á su justicia ultrajada un inmenso, un manifiesto homenaje. Este sacrificio, la expiacion de una víctima divina, la inmolation del hombre-Dios, ha restablecido el orden aquí abajo; él aparece en el seno de la creacion como el sello reparador del amor divino. Este sacrificio revela la misericordia de Dios, la bondad de Dios á los ojos de los hombres, porque en el Calvario no hay sólo una expiacion, no hay sólo dolor, no hay sólo el prolongado gemido que es el eco del crimen y del mal expiados; hay, además, vosotros lo sabeis y lo habeis sentido un día, en que brotando una lágrima de vuestro corazon, encontró en una hora bendita el camino de vuestra pupila, y vino á lavar el recuerdo de muchas iniquidades; hay además la expresion de la misericordia y de la más afectuosa bondad. Esta redencion gratuita del hombre ha vuelto á abrir las vias del cielo á la humanidad; desde aquel momento los cielos y la tierra están reconciliados, y los ángeles habitan este suelo. De la sublime historia del Evangelio, del sacrificio voluntario de Dios, que se dá por la humanidad, que se entrega él mismo, sale esta expresion revelada: «¡Dios ha amado el mundo hasta el punto de darle su Hijo único!» Así en la ley nueva, en la ley de gracia y de amor, ese torrente de sangre que corrió en el Calvario, fué vertido por el miserable infiel. Para él ha sido reser-

vado todo el amor; él es preferido al que permaneció fiel, como el niño, como la oveja, como el tesoro perdidos y encontrados son preferidos á los que se han poseido siempre.

Así, señores, no os admireis de que en presencia del mal moral que produjo la redencion, la Iglesia exclame: *Felix culpa!* «¡Dichosa falta!» ¡Oh, sí, dichosa falta, dichoso pecado, dichoso crimen de los hombres, que han merecido tan grande Redentor!... *Felix culpa qui meruit tantum redemptorem!*

MILAGROS Ó PROFECÍAS,

Ó SEA:

VALOR CRÍTICO

DE LOS MILAGROS Y DE LAS PROFECÍAS.

I.

Opera, quæ ego facio testimonium perhibent de me. . . Scrutamini Scripturas... illæ sunt, quæ testimonium perhibent de me.

Las obras que yo hago, dan testimonio en mi favor... Registrad las Escrituras, ellas son las que están dando testimonio de mí.

(JOANN. V, 36-39.)

Si alguno llega á comparar los libros del Evangelio y los escritos de los apóstoles con las obras de los autores eclesiásticos, le será fácil advertir una diferencia muy notable en la manera de establecer y demostrar el origen sobrenatural y divino del cristianismo. En los Evangelios y en las Epístolas de los apóstoles todas las pruebas se reducen á dos puntos: á los milagros, invocados como la vía de Dios mismo, argumento invencible para persuadir á los hombres que deben reconocerle por el autor soberano del Cristianismo, y á las predicciones, á las profecías, prueba de una fuerza irrefragable para demostrar que es preciso, de toda necesidad, mirar como celestial una doctrina anun-